

den, incluso bloquear el desarrollo de la nación.

El trabajo investiga, en cuatro grandes capítulos, las condiciones de surgimiento y las formas de desarrollo del nacionalismo en diferentes etapas del proceso de construcción del estado y la nación en la Nueva Granada, interrogándose sobre el significado del nacionalismo en el proceso de la construcción de la nación en Colombia, para así valorarla diferenciadamente en sus funciones y tendencias.

La investigación concluye que en el período entre 1750 y 1856 existió una muy estrecha relación entre el nacionalismo y un muy amplio proceso de desarrollo político y social, la modernización. El nacionalismo surgió como respuesta a cambios estructurales (influidos tanto desde adentro como desde fuera) en el dominio del estado y de la economía, como reacción al limitado margen de cambio social y regional, pero también como protesta por el desmesurado déficit de modernización que caracterizaba a la Nueva Granada. Expresado en los términos del modelo de crisis del desarrollo político, los problemas de identidad, legitimación y participación influenciaron enormemente el surgimiento del nacionalismo. Pero éste se convirtió, a su vez, en un factor influyente en el proceso de modernización y desarrollo, es decir, en el surgimiento de la nación. La función y las formas de aparición del nacionalismo, así como su efecto acelerador o retardador, dependieron esencialmente de si su objeto de acción natural —el estado nacional— debía ser primero construido o bien existía ya. Por otra parte, se demuestra de manera patente que la fundación del estado y el surgimiento de la nación no se correspondieron en el tiempo, sino que constituyeron diferentes fases de un proceso de larga duración.

Hay que observar que una indagación del proceso de surgimiento y desarrollo de la nación y el nacionalismo requerirá ahora de un análisis de las relaciones entre los modelos impuestos por las elites dominantes en un determinado momento a nivel nacional y los grados de respuesta de las elites y la población a escala regional, ya que es evidente el desfase

entre el modelo de comunidad imaginada de carácter nacional y las lealtades locales y regionales, las que no siempre tenían que estar, y de hecho frecuentemente no estaban, en consonancia. Pero ese es otro nivel de investigación que deberá ser abordada en un futuro, para la cual el libro en mención ha abierto de una manera más que brillante el camino.

El valor de este libro no sólo reside en sus valiosos aportes teórico-metodológicos, que constituyen un verdadero y novedoso aporte a la historiografía colombiana; además el "modelo de crisis del desarrollo político" es aplicado como un instrumento heurístico para el período y la temática con un gran resultado, sin que se le escapen al autor las problemáticas implicaciones de las teorías generales sobre la modernización. Se trata de un trabajo con una construcción transparente en la que el desarrollo del tema puede ser seguido en toda su organización lógica. Pero también es muy valioso por la amplísima y detallada elaboración de las fuentes y bibliografía utilizada, así como el análisis de variadas fuentes gráficas, que demuestra una exploración en extenso y en profundidad de las principales bibliotecas y centros documentales del país.

MIGUEL G. CAMACHO A.

<sup>1</sup> Reseña del libro de María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810-1850*, en Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, vol. XXV, núm. 15, 1988, págs. 128-129.

<sup>2</sup> Cfr. *Nationalism and Social Communication*, Cambridge (Mass.) 1953; *Nationenbildung - Nationalstaat - Integration*, Düsseldorf, 1972; Deutsch and Richard L. Merrit (comps.) *Nationalism and National Development. An interdisciplinary Bibliography*, Cambridge (Mass.), 1970; en español es conocida su obra *Las naciones en curso*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

<sup>3</sup> Gabriel A. Almond, James S. Coleman, Joseph La Palombara, Lucian W. Pye, Dankwart A. Rustow, Sidney Verba, Robert E. Ward, Myron Weiner y Charles Tilly. Importantes ensayos de estos autores se encuentran concentrados en el libro de Leonard Binder et al. (comps.), *Crisis and Sequences in Political Development*, Princeton, 1971; una visión general de esta concepción se encuentra en Stein Rokkan, "Die vergleichende Analyse der Staaten - und Nationenbildung. Modelle und Methoden", en W. Zapf (comp.), *Theorien des Sozialen Wandels*, Colonia y

Berlín, 1971, págs. 228-252 y en el conocido ensayo de Charles Tilly, "Western State-Making and Theories of political transformation", en W. Zapf (comp.) *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, 1975.

<sup>4</sup> El concepto se debe a Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso Editions, 1983.

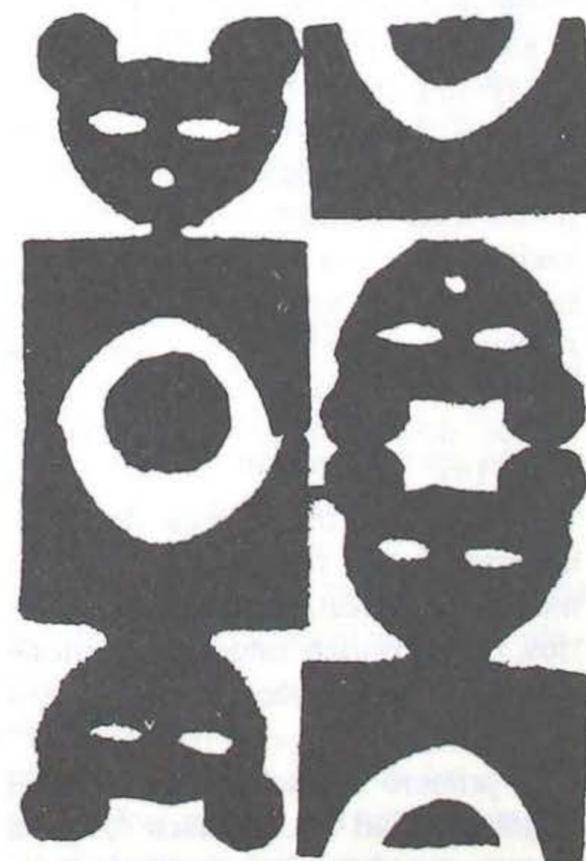
<sup>5</sup> Cfr. "Dimensions of State Formation and Nation-Building. A possible Paradigm for Research on Variations within Europe", en Ch. Tilly (comp.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton 1975. También su artículo citado en la nota 3.

## Apologética recopilación documental sobre un antepasado que por puro azar fue presidente de la república

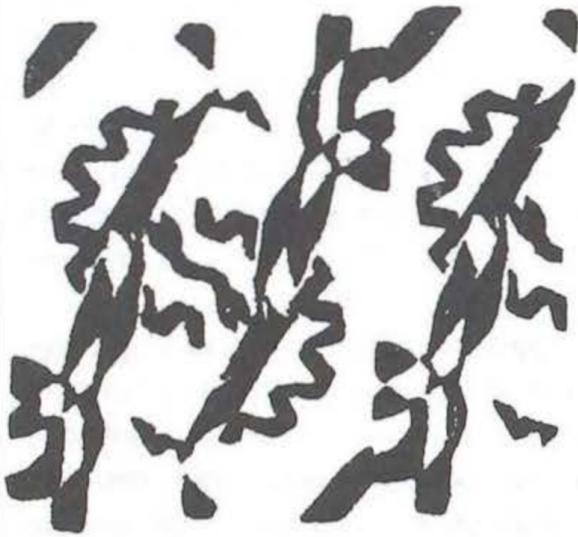
**El 31 de julio. La otra historia de un cambio de gobierno. Recopilación documental sobre el golpe de estado al gobierno del presidente Manuel Antonio Sanclemente.**

José Ignacio Sanclemente Villalón (compilador). Academia de Historia Leonardo Tascón, Buga, 1990, 244 págs.

Para la moderna investigación histórica es muy importante la publicación de colecciones de documentos sobre



hechos y procesos, ya que eso permite al investigador contar con un buen acervo de información específica y supone ahorro de valioso tiempo. En la medida en que la recopilación documental responda a los criterios y necesidades de los métodos modernos de investigación, mucho mejor, ya que eso supone que el trabajo de recopilación intenta sobre todo captar procesos antes que hechos aislados. Un buen ejemplo de este tipo de recopilación documental nos lo proporcionan los trabajos de Juan Friede sobre la conquista y comienzos de la colonia y sobre el movimiento de los Comuneros o las fuentes documentales de Germán Colmenares y Margarita González.



No es precisamente ese el caso del libro que ahora nos ocupa; que no pretende reconstruir un proceso sino más bien un hecho concreto, como es el papel de Manuel Antonio Sanclemente en aquel 31 de julio de 1900, cuando se consumó el golpe de Estado que empotró en el poder al literato costumbrista José Manuel Marroquín. Desde luego que las apreciaciones de un sujeto determinado, como el presidente Sanclemente, sobre los sucesos en que él estuvo involucrado sean dignos de ser historiados, y tienen la misma legitimidad de cualquier otro acontecimiento histórico, pues al fin y al cabo la percepción que un sujeto hace de sus mismos actos o de aquellos en los que resulta comprometido forma parte de la realidad histórica, independientemente de que sea "verdadera" o "falsa". Pero lo que sí es bastante discutible es que se pretenda a través de la voz del propio protagonista, voz sesgada por el resentimiento, por su adscripción partidista, por su religiosidad y hasta por su origen

regional, asegurar que esa es la única y auténtica verdad. Cualquier investigador de la historia colombiana medianamente experto sabe que justamente uno de los mayores problemas, sobre todo para escribir la historia política del país, radica en que casi todos los políticos suelen dejar toneladas de discursos, escritos y cartas sobre su "monumental" obra de gobierno para que la posteridad se encargue de darles su veredicto absoluto como miembros del panteón de la historia patria. Y ante ese volumen de información, en muchos casos sin mayor importancia, ¿qué debe hacer el historiador moderno? Obviamente, no puede caer en el culto apresurado de esa documentación, sino que debe penetrar CRÍTICAMENTE —en el sentido del conocimiento histórico— en esa masa documental para confrontarla con un sinnúmero de sucesos de la REALIDAD HISTÓRICA, material si se quiere.

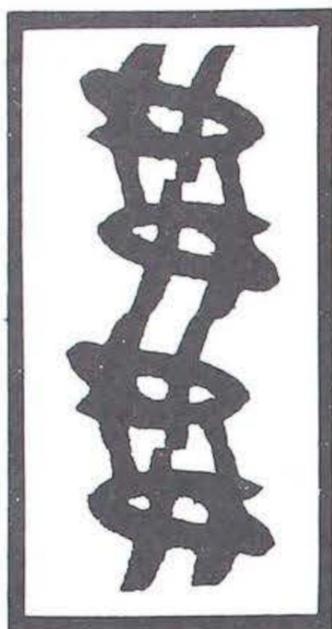
El primer problema que presenta la recopilación comentada es que ella recoge exclusivamente los documentos de Sanclemente (cartas, proclamas, discursos) del momento en que fue depuesto o de los meses posteriores, en su cautiverio en Villeta; o también las versiones del periódico titulado El 31 de julio. La otra Historia de un Cambio de Gobierno, que es, por supuesto, favorable a Sanclemente. Y no podía ser de otra forma, pues el periódico fue publicado por uno de los hijos del presidente derrocado, Enrique Sanclemente, y el libro es publicado por un nieto o bisnieto del primero. Así tenemos que la recopilación se inscribe en el ámbito de una típica historia familiar, en la cual el compilador sólo pretende, según las palabras de Amado Gutiérrez Velázquez, presidente de la Academia de Historia de Buga, que edita el libro, "restablecer la verdad histórica y hacer claridad en cuanto a la conducta de su ilustre antepasado" (pág. vii, subrayado nuestro). Naturalmente que con ese presupuesto no es de extrañar que los lazos filiales pesen tanto sobre el carácter de la misma recopilación como sobre las pocas apreciaciones que el compilador hace en el texto.

Antes de considerarlas, es necesario decir que el compilador presenta un impresionante *currículum vitae*, pero no precisamente en el campo de la

historia ni de las ciencias humanas, sino en el de la arquitectura y el urbanismo, lo cual, desde luego, no obsta para que, a manera de aficionado, como él mismo lo reconoce (pág. 5), intente penetrar en los vericuetos del conocimiento histórico, en esta ocasión rindiéndole un merecido homenaje familiar a su ilustre antepasado, que llegó o ocupó el solio presidencial. Así nos dice: "No contando con la experiencia y documentación requeridas para adelantar un detallado estudio histórico [...] nos hemos conformado simplemente con apuntar ciertas fechas y hechos históricos, con el ánimo de que puedan servir de punto de partida y referencia a posteriores expertos" (pág. 5).

La historia que rinde culto al patronímico no es rara en Colombia, pues los hijos, o los nietos, o bisnietos o hasta sobrinos y primos de los prohombres del país se ven casi en la imperiosa necesidad de escribir sobre la vida de sus ilustres antepasados y de sus obras de gobierno. Así encontramos que quienes escriben o inspiran obras sobre sus ascendientes de apellido ilustre —como los López, los Gómez, los Lleras, los Santos, los Ospinas— se den a la particular tarea de relatar la gran obra de sus mayores. Eso ha pesado mucho en la investigación histórica en Colombia, incluso en la Nueva Historia, lo que ha impedido al historiador tomar la debida distancia frente a los sucesos políticos en que se vieron envueltos los "héroes" que configuran el interminable panteón de la historia patria.

En estas circunstancias, José Ignacio Sanclemente sólo está incurriendo en una práctica normal de cierto tipo de discurso histórico, cuya preocupación esencial es contribuir a heroizar a sus antepasados. Y eso mismo hacía el director del 31 de Julio, cuando en la presentación de su primer número, el 28 de agosto de 1904, decía: [...] *queremos en nuestra condición de hijos amantes de un padre que, si no nos legó cuantiosos bienes de fortuna, sí nos aleccionó en la escuela del deber, que su memoria venerada pase a la posteridad, pura y sin mancha, como puros fueron sus sentimientos, pura la nobleza de sus procederes y puro su amor a la causa [...] que estaba llamada [...] a implantar en Colombia el imperio de la justicia*



(pág. 13, subrayado nuestro). Con tanta pureza, la interpretación histórica es pura apología y nada más.

En el caso de una recopilación es muy poco lo que se puede discutir. No hay posibilidad de debatir con los documentos, pues eso supone la tarea de reconstrucción histórica como tal. Por esa circunstancia, del texto solamente es viable cuestionar las reiteradas afirmaciones del compilador, en la presentación de los documentos, sobre la supuesta autonomía de Sanclemente al ser postulado como candidato presidencial y luego cuando "ejerció" la primera magistratura. Conociendo medianamente las circunstancias políticas de 1898, cuando se cerró el camino para la reelección de Miguel Antonio Caro, no es difícil entender que éste se encontraba en el trasfondo de la escogencia de los candidatos presidenciales, a los que consideraba incondicionales, lo que no obstó para que Marroquín después desobedeciera la tutela del corregenerador. Caro estaba tras Sanclemente y lo manejaba a su antojo; otra cosa diferente es que Caro, subestimando a ciertos sectores de los conservadores, no haya vislumbrado la posibilidad de que éstos, sobre todo la fracción de los históricos, pudieran golpear, no tanto a Sanclemente, pues esa no era su preocupación central, sino al propio Caro, mediante el golpe de Estado del 31 de julio de 1900. Al parecer, de nada sirven modernas investigaciones trabajadas a partir de muy diversas fuentes, como las de Jorge Villegas o Charles Berquist, que el compilador cita en su bibliografía, para desmentir un punto de vista anclado no en el

análisis frío y desapasionado de los hechos sino en la nostalgia familiar por exaltar a su más ilustre antepasado. Antepasado que, por cierto, accidental y efímeramente fue presidente por cosas de los vaivenes políticos antes que por ser un dirigente nacional representativo.

RENÁN VEGA CANTOR

## EL OJO AJENO

### Descubrimientos de Colombia

No me esperaba nada. Corría el año de gracia de 1956, yo era todavía joven pero me creía viejo, al revés de lo que me ocurre ahora. De mis cuarenta años de entonces había vivido la mayor parte en Buenos Aires, cuatro en París —que en el recuerdo se estiran a casi un siglo—, hacía dos que sudaba en el trópico de Puerto Rico. Sudaba en el sentido estricto y en el figurado: porque sentía mucho calor, y porque iniciaba mi carrera de profesor de historia del arte sin tener una formación pedagógica. Y lo hacía en la universidad de esa isla, poblada por la gente tal vez más buena y más violenta del mundo.

¡Ah! me olvidaba: esa primera vez yo venía de Venezuela, que acababa de estrenar en Caracas dando conferencias, mientras me asombraba de la riqueza y confusión de esa ciudad que ya estudiaba para Los Ángeles. Y me asombraba aún más de esa obra prodigiosa que es la Ciudad Universitaria —entonces todavía en pleno crecimiento—, genial creación del arquitecto venezolano Carlos Raúl Villanueva, para mí el más grande de todo el continente (y conste que no me olvido de los brasileños de los años 40 ni de los colombianos de los años 70).

Cuando escribí "no me esperaba nada", quería decir literalmente que no tenía ningún prejuicio —a favor o en contra— de lo que veía. Para mí Venezuela era el país en que vivía Clara (quien había organizado esas confe-

rencias y me alojaba en su casa); y Colombia era el país en que vivía Martha Traba (todavía con hache) y que me alojaría también en su casa. Punto.

Orteguianamente: *yo era yo y mi circunstancia*, lo sabía como buen discípulo de don Pepe, al que nunca ví —por timidez— cuando estuvo en Buenos Aires más o menos enamorado de Victoria. ¿Cuál era entonces mi circunstancia? Ver a una amiga que dejé soltera escribiendo poemas y que recuperé casada y ya madre de un niño que se llamaba Gustavo, quien, en indudable ataque de celos, me retorció sádicamente los dedos. En esa casa, Marta —ya sin hache— me iniciaba en los secretos de un pintor que yo no conocía y que pintaba "gordos", según se veía en un cuadro colgado en el comedor. Reconozco que no me impresioné demasiado: los críticos de arte tenemos nuestras propias opiniones y no vamos a bajarnos del caballo a la primera provocación de un congénere.

¿Qué recuerdo de ese viaje prehistórico? Apenas un puñado de "instantáneas" (como se decía entonces): fotos borrosas pero que me han acompañado siempre. Una es así: Marta —ya con su famoso flequillo— y yo caminamos por alguna calle de su barrio. Unos chicos sentados en el umbral de una puerta saludan a coro: ¡Adiós, Marta Traba! Me quedé mudo y lleno de envidia: nadie me había dicho nada semejante y menos en una ciudad extranjera. Ese día también comprendí el admirable y temible prestigio que sólo conceden los medios de difusión: Marta hablaba ya por televisión y en poco tiempo se había metido a los colombianos en el bolsillo/.

Otra estampa tiene también a Marta de protagonista: yo me había empeñado en asistir a alguno de sus cursos en una de esas cien universidades llenas de escaleras, galpones, árboles, puentes, senderos en medio de una montaña, donde la juventud colombiana estudia: ¿estudia? La escena transcurre en un local cerrado y oscuro. Marta habla de algo —sin duda del cubismo— y yo, sobre todo, miro a mi alrededor, a un público en que los hombres bien vestidos tienen cara de arquitectos y,